ADMINISTRACION

LÍRICO-DRAMÁTICA.

LA FLOR DE BESALÚ.

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

LETRA DE

DON MANUEL CAÑETE,

MÚSICA DE

DON JOSÉ CASARES.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1874.

LA FLOR DE BESALÚ.

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

LETRA DE

DON MANUEL CAÑETE,

MÚSICA DE

DON JOSÉ CASARES.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

MADRID.
IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO,
Isabel la Católica, 23.
1874.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/laflordebesalzar00casa_0

Al Excmo. é Ilmo. Señor

DON BONIFACIO CORTÉS Y LLANOS.

Un drama francés en un acto me ha sujerido la idea de escribir esta obra. En ella he utilizado cuanto de aquel convenía á mi propósito, bien que por diverso camino y con fin moral muy diferente. Amigos mios cuya competencia en materias literarias y artísticas es notoria, se han mostrado propicios á La Flor de Besalú, *juzgándola digna de la benevolencia del público. Por eso me atrevo á dedicársela á V., tan fino conocedor de la música y de la dramática, persuadido de que la acogerá benignamente, no por lo que pueda valer, sino como sincera expresion de la gratitud y el cariño que le consagra su apasionado amigo*

Manuel Cañete.

720885

PERSONAS.	ACTORES.
EL TROVADOR RAMON VIDAL....	D. Rosendo Dalmau.
D. GARCERÁN DE VALESPIR.....	D. Víctor Loitia.
CILIA.....	D.ª Dolores Franco.
COLOMBA.....	D.ª Arsenia Velasco.
TERESA.....	D.ª Concepcion Baeza.
CORO de ambos sexos.	

La escena en Besalú, por Marzo de 1329.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Interior de la casa de Ramon Vidal. En el lienzo del fondo, á la izquierda del actor, puerta de entrada, de dos grandes hojas que cierran el arco, y en una de ellas postigo practicable con picaporte. En el centro un rasgado ajimez de tres arcos, con reja por la parte interior, que deja ver la plaza de Besalú. Á la derecha, en segundo término, la imágen de la Vírgen, de talla, en una especie de hornacina, alumbrada por una lámpara pendiente de un hierro en forma de grifo alado. Á la izquierda puertas que conducen á las habitaciones interiores. En el primer término de la derecha otro ajimez enrejado, no muy distante del suelo, y junto á él un sillon y un taburete. Debajo de la hornacina, reclinatorio con un crucifijo. Mesa con tapete en el centro del escenario, sillones, etc. Todo el ajuar de la habitacion, como de gente bien acomodada.

ESCENA PRIMERA.

VALESPIR, CORO DE HOMBRES, *luego* TERESA.

MÚSICA.

(La orquesta preludia una como alborada musical. Al levantarse el telon se oye cantar dentro el siguiente)

CORO.

Ya, disipando nieblas,
Apunta el rayo del naciente sol,
Y tiñe de oro las ligeras nubes
Su mágico arrebol.
De las aves canoras
Por los aires resuena el gorjëar:

Á Dios bendicen y á la Vírgen pura,
Clara estrella del mar.

—

(Luego que termina el coro, se le ve aparecer por los últimos bastidores de la derecha, precedido de Valespir, y cruzar la plaza en direccion á la puerta del fondo. Levanta uno el picaporte del postigo; y al querer varios entrar en la escena decididamente, D. Garcerán se adelanta y los detiene, como recomendándoles mayor miramiento.)

UNOS. Está abierto.

VALESP. Paso, amigos.
(Á unos.) Poco á poco. *(Á otro.)* Calla tú;
No despierten tus pisadas
Á la flor de Besalú.

CORO. Esperando al bien que adora
Mal podrá Cilia dormir.

VALESP. *(Aparte.)* Á otra flor ama en silencio
Garcerán de Valespir.

(Todos han ido entrando mesuradamente, y hablan entre sí en voz baja; entre tanto dice Valespir:)

De Colomba el encanto divino
Por esclavo me rinde á sus pies:
Será vida su acento amoroso,
Más que muerte su altivo desden.

TERESA. *(Entrando por la puerta del fondo, y sorprendiéndose al ver á los que están en la escena.)*
¡Santo Dios! ¡Gente en mi casa!
¡Cuántos hombres!

CORO. *(Adelantándose á saludarla.)*
No temais.

VALESP. Todos son buenos amigos.

TERESA. ¡Oh señor D. Garcerán!
¿Cómo aquí tan de mañana?

VALESP. Nos han dicho que Vidal
De regreso de las bodas
En su casa estaba ya.

CORO. Impacientes le aguardamos.

TERESA. No sé cuándo ha de tornar.

CORO. ¿Habrá el premio conseguido?
TERESA. ¡Dios lo quiera!
VALESP. ¿Quién podrá
Al rey de los trovadores
La victoria disputar?
TERESA. Al salir yo de la iglesia,
Preguntando con afan
Os buscaba un mensajero.
VALESP. ¿Mensajero?
CORO. ¿Qué será?

(Saluda Teresa respetuosamente á D. Garcerán, y se va por la segunda puerta de la izquierda.)

—

VALESP. Venid, venid, amigos;
Me anuncia el corazon
Que venturosas nuevas
Hoy me depara Dios.
Si son las que imagino,
Tal vez por galardon
Reciba una mirada
Del ángel de mi amor.
CORO. Partamos, pues le anuncia
Gozoso el corazon
Que venturosas nuevas
Hoy le depara Dios. *(Vanse.)*

ESCENA II.

CILIA.

(Luego que Valespir y el Coro se retiran por la puerta del fondo, se presenta Cilia en la primera del mismo lado, cruza rápidamente la escena, se asoma con cierta ansiedad al ajimez de la derecha, é inmediatamente despues va á prosternarse ante la imágen de la Vírgen, dando señales de abatimiento.)

CILIA. ¡Oh reina de los cielos!
Tú que la luna huellas,

Y en fúlgidas estrellas
Ciñes la casta sien,
No más, no más retardes
La ausencia de mi amado;
Haz que mi dulce esposo laureado
Torne hoy mismo á los brazos de su bien.
(Levántase, y se dirije á mirar de nuevo por el ajimez de la derecha.)

—

HABLADO.

Tres dias ha que no se apartan mis ojos de ese camino, por donde á cada instante espero en vano verle venir.—¡Desdichada suerte de la mujer que ama! ¡Siempre consumirse esperando! Vidal podia estar ya de vuelta. ¿Por qué se detiene en Tarazona? El certámen para celebrar el casamiento del rey D. Alfonso debió efectuarse hace más de un mes. —¿Le habrán arrebatado el premio?... Imposible. Vidal excede á todos los trovadores de Cataluña y de Provenza. ¿Por qué tarda tanto en llegar? *(Llamando.)* ¡Teresa! ¡Teresa!

ESCENA III.

CILIA, TERESA.

TERESA. ¿Señora?

CILIA. ¿Cómo no has venido á anunciarme que ya era de dia?

TERESA. Salí de casa antes de amanecer, para oir la misa del alba, y rogar á la Vírgen que venga pronto mi señor triunfante de sus competidores.

CILIA. ¡Qué buena eres!

TERESA. Cuando volví me hallé con D. Garcerán de Valespir y con sus amigos. Creyendo de vuelta al amo, han

madrugado más que de costumbre, para ser los primeros en saludar al esposo de la hermosa Cilia, al insigne Ramon Vidal, honra de los trovadores de Besalú y áun de toda Cataluña.

CILIA. ¿Valespir creia que Vidal estaba de vuelta? Para creerlo debe tener nuevas de Tarazona. ¿Ha venido algun mensajero?

TERESA. No ha mucho preguntaba uno por D. Garcerán, pidiendo señas de su morada.

CILIA. ¿Vendrá de allá?—Corre, Teresa, corre, y pregunta si saben algo del que es la mitad de mi vida. *(Vase Teresa.)*

ESCENA IV.

CILIA, COLOMBA.

COLOMBA Buenos dias, querida hermana.

CILIA. *(Abrazándola.)* ¡Colomba mia!

COLOMBA ¿Ha venido?

CILIA. Aún no. Me devora la impaciencia.

COLOMBA No hay razon para que te apures de ese modo.

CILIA. Que no hay razon, y han pasado ya más de tres meses desde que partió de Besalú.

COLOMBA ¿Por qué temer, cuando se trata de un apasionado amante?

CILIA. Ó de un marido olvidadizo.

COLOMBA ¿No eres tú la musa que le inspira tan hermosos cantos, la que comparte con él sus triunfos?

CILIA. Y sin embargo, no viene.

COLOMBA ¿Quién sabe si le han obligado á pesar suyo á retardar su llegada?—Si Vidal ha triunfado en los juegos florales...

CILIA. ¿Crees que se habrá llevado el premio?

COLOMBA ¿No te lo anuncia el corazon? Amárale yo como tú, y ya lo habria adivinado. Aun sin conocerlo, estoy segura de que no me engaña la esperanza.

CILIA. Pronto le conocerás, y entonces disculparás mi impaciencia.

COLOMBA Hablemos de él si quieres.

CILIA. Con toda el alma.

COLOMBA Siéntate á mi lado.

CILIA. No. *(Yendo á sentarse en el sillon colocado junto á la ventana de la derecha.)*

COLOMBA ¿Por qué?

CILIA. Desde aquí le veré antes.

COLOMBA *(Sentándose á sus pies.)* ¿Con que tanto le amas?

CILIA. ¿Si le amo? Lo que siento por él es más que amor, es respeto, adoracion; es una mezcla indefinible de cuanto hay dulce en la tierra!—Cualquier hombre que se consagra á una mujer, merece que ella le ame; pero cuando un rey de la inteligencia arroja sus tesoros á los pies de una pobre jóven, oscura y desconocida, diciéndole: «Toma la mitad de este nombre popular; cúbrete con este manto de gloria; duérmete al ruido de este concierto de aplausos...»

COLOMBA *(Con entusiasmo.)* ¡Oh! Entonces la vida es un paraiso. *(Suspirando.)* ¡Dichosa tú!

CILIA. Colomba, las mujeres de tales hombres tienen una rival temible en el corazon de su propio marido; una rival siempre hermosa, y que no envejece jamás. Esa rival es la gloria, y yo... ¡tengo celos de la gloria!—Sin embargo, si supieses cuánto me ama! Si conocieras su cariño, su bondad, la confianza que le inspiro...

COLOMBA ¡Y todavía le culpas!... Un instante del amor de ese hombre, vale por un siglo de dolores. ¡Ser amada así!... ¡Dios mio! ¿Sabes tú lo que es ser amada así?

CILIA. Tan jóven ¿comprendes ya lo que es el amor!

COLOMBA *(Estremeciéndose.)* Yo...

CILIA. Pues mira, precisamente me han dado encargo de hacerte una proposicion

COLOMBA ¿De amor?

CILIA. De amor.

COLOMBA ¿Quién?

CILIA. D. Garcerán de Valespir.

COLOMBA *(Con cierto desden.)* ¿Valespir?

CILIA. El compañero de estudios de Vidal, uno de sus mayores amigos.

COLOMBA ¿Su amigo? Cortesano de los hombres célebres, Valespir se figura que el trato con sabios y trovadores le ha de hacer partícipe de su mérito.

CILIA. ¿Y qué hay mejor, cuando no podemos adquirir gloria por nosotros mismos, que apreciar y admirar la de los demás?

COLOMBA Yo no quiero amar á nadie.

CILIA. Tú amas á alguno.

COLOMBA *(Turbada.)* Cilia...

CILIA. Lo he adivinado.

COLOMBA ¿Serás indulgente?

CILIA. *(Con ternura.)* ¿Cómo no? Despues de Vidal, ¿no eres tú el único sér que me liga al mundo? ¿Olvidas que prometí á nuestra madre moribunda asegurar tu dicha, aunque fuese á costa de la mia?

COLOMBA ¿Me perdonarás?

CILIA. Sí; pero tengo derecho á saber...

COLOMBA Lo que voy á referirte pasó hará cosa de cuatro años, cuando acababa yo de cumplir los quince, y aún estaba educándome en Barcelona con las religiosas de San Pedro, que nos enviaban todas las mañanas á Santa María del Mar durante la octava del Corpus.

CILIA. Habla.

—

MÚSICA.

COLOMBA Á la puerta del templo, llorosa
Pobre madre limosna pedia,
Llevando en sus brazos, con ansia amorosa,
Escuálido niño sin fuerza vital.

Cuando un jóven de aspecto galano,
Comprendiendo el afán que sentia,
Me dijo, poniendo dinero en mi mano:
«Tomad, y que un angel remedie su mal.»

CILIA. ¡Pobre Colomba mia!
La compasion es rosa celestial.

—

COLOMBA Desde entonces, por verme, anhelante
Siempre el jóven allí se encontraba,
Mostrando en sus ojos el fuego de amante,
Á Dios y á sus pobres mostrándose fiel.
Desde entonces la madre afligida
Siempre, al verme, risueña exclamaba:
«Dios guarde, flor pura, mil años tu vida;
Dios te haga dichosa, y te una con él.»

CILIA. No anduvo comedida
En hablarte la pobre del doncel.

—

Prosigue la historia,
Prosigue hasta el fin.

COLOMBA Pasada la octava
Ya más no volví.—
¡Cuán largos los dias
Miré discurrir!
No sé, desde entonces,
No sé qué sentí.

CILIA. Ligero capricho
De edad juvenil.

COLOMBA ¿Capricho?

CILIA. Prosigue;
Y el jóven al fin...

COLOMBA De cándidas flores
Un ramo gentil,
Y en él un billete,
Llegar hizo á mí.

Su amor declaraba
Con ánsia febril
En versos que llevo
Grabados aquí. *(Señalando el corazon.)*

—

—«Hasta que ví tu virginal pureza,
Viví en noche de horror;
Hoy, abrasado al sol de tu belleza,
Muero por tí de amor.»

—

HABLADO.

CILIA. ¡Cielos!

COLOMBA ¿Qué tienes?

CILIA. Esos versos son de Vidal.

COLOMBA ¿De Vidal? Yo los creia del otro. — ¡Mira si eres dichosa! Para expresar su pasion recurren los demás á ideas y sentimientos del que te ama.

CILIA. ¿Quién te llevó el ramo de flores que ocultaba los versos? ¿Qué ha sido del jóven que te los envió?

COLOMBA Un dia estaba yo en mi celda, cuando anunciaron que una pobre mujer queria entregarme unas flores en señal de gratitud, por las limosnas que le habia dado en Santa María del Mar. Corrí desalada, pensando que por ella podria saber del que habia despertado en mi alma sentimientos que hasta entonces no conocia. La presencia de la religiosa que me acompañaba selló mis labios. Nada pregunté, nada supe. Sin embargo, un secreto presentimiento me decia que aquel regalo venia de él. Á la hora del recreo bajé con mi ramo al jardin; alejéme de mis compañeras, registré cuidadosamente las flores...

CILIA. ¿Qué fué del que te las mandó?

COLOMBA Al dia siguiente de recibir el ramo caí gravemente enferma. Seis meses estuve entre la vida y la muerte;

y apenas empecé á mejorar, ya lo sabes, nuestra buena tia se apresuró á sacarme del convento, débil y convaleciente, para llevarme á su castillo.

CILIA. ¿Y el jóven?...

COLOMBA No le contesté, y no he vuelto á verle más. Pero en los tres años que he permanecido allí no se ha apartado un instante de mi memoria.

CILIA. ¿Y por esa niñería desdeñas los amorosos rendimientos de un hombre como D. Garcerán de Valespir?—Colomba, no marchites los años de tu florida juventud, viviendo esclava de una esperanza ilusoria.

COLOMBA El corazon me dice que aún he de volverle á ver.

ESCENA V.

DICHAS, TERESA.

TERESA. Señora, señora, ¡vengo sofocada! ¡Lo que yo he corrido por este pícaro Besalú! Cuanto más deseo se tiene de encontrar á las gentes, más parece que huyen de quien las busca.

CILIA. ¿Has averiguado algo?

TERESA. Diríase que lo hace el demonio.

COLOMBA ¿Qué ocurre?

CILIA. Habla.

TERESA. No, no os asusteis; no es nada del otro jueves.—Ya se ve, como teneis tantas ganas de averiguar... y yo anhelo tanto complaceros...

CILIA. Acaba.

TERESA. ¡El bueno de D. Garcerán es un picaronazo de siete suelas! Por más que yo le decia: «Mi señora desea saber si ese mensajero que os buscaba ha venido de Tarazona,» él todo era exclamar: «¡Qué noticia, señora Teresa, qué noticia!...» como si estuviera loco.

COLOMBA ¿Pero cuál es la noticia?

CILIA. No me atormentes de ese modo.

TERESA. ¡Si no se trata de atormentaros!

CILIA. Pues entonces...

COLOMBA ¿Sabe, acaso, D. Garcerán?...

TERESA. ¿Quién es capaz de saber lo que él sabe! Yo sólo sé que su casa estaba toda en conmocion; que apenas se paró á escucharme, y que andaba de un lado á otro diciendo á sus pajes y escuderos: «¿Lo entendeis? ¡En la plaza! ¡Que se preparen las cosas como he dispuesto! ¡Buscadme en casa del insigne Ramon Vidal!»—Oir yo que pensaba venir aquí, y echar á correr para adelantarme á dar la noticia, todo fué uno.—Miradlo, él podrá deciros lo que sabe.

ESCENA VI.

DICHAS, VALESPIR.

CILIA. *(Dirigiéndose á Valespir.)* El mensaje que acabais de recibir, ¿es de Tarazona?

VALESP. Sin duda.

CILIA. ¿Trae nuevas de Vidal?

VALESP. Suya es esta carta. *(Mostrándosela.)*

CILIA. ¡Ah!

COLOMBA Pronto le veremos en Besalú.

VALESP. Hoy mismo tal vez.

CILIA. ¡Y á mí nada me escribe! ¡Y me deja en esta cruel incertidumbre!

COLOMBA Querrá proporcionarte el placer de la sorpresa.

CILIA. *(A Valespir.)* ¿Seré indiscreta en preguntaros...

VALESP. ¿Indiscreta vos, hermosa Cilia? Eso es imposible. Vidal me escribe esta carta, toda de su puño, y que lleva al pié su firma. ¡La he de poner en un cuadro!

CILIA. ¿Qué os dice?

VALESP. *(Dándole la carta.)* Tomad, leedla.

CILIA. *(Leyendo.)* «Noble y especial amigo D. Garcerán.»

VALESP. ¿Lo veis? ¡Me llama su especial amigo! *(Recalcando la frase.)*

COLOMBA Dejadla seguir.

VALESP. ¡Su especial amigo! ¡Á mí!... ¡Un hombre como él!

CILIA. *(Leyendo.)* «Aprovecho la partida de un mensajero que ha de pasar por Besalú, para daros noticias de mi persona, cumpliendo lo prometido.»

VALESP. Cumpliendo lo prometido!... ¡Ya lo creo! Como que yo se lo exigí repetidas veces, cuando se aprestaba á seguir al infante D. Pedro con el famoso Ramon Muntaner, y con los demás trovadores que iban á tomar parte en la liza.

COLOMBA Impidiendo á Cilia proseguir la lectura, no acabarémos de saber...

VALESP. Perdonad, bella Colomba. El entusiasmo, la amistad... *(Á Cilia.)* Proseguid, proseguid.

CILIA. *(Leyendo.)* «He tenido la gloria de alcanzar el triunfo. Al tercer dia del régio enlace, el mismo rey don Alfonso IV de Aragon se ha dignado concederme el premio en presencia de la córte; y su hermano el infante D. Pedro, que sobresale tanto en la gaya ciencia, me ha honrado con un fraternal abrazo.»

COLOMBA ¡Ha conseguido el premio!

CILIA. ¡Gracias, Dios mio! *(Leyendo.)*—« Hoy mismo pienso Dejar á Tarazona, y probablemente llegaré á Besalú poco despues que esta carta.»

COLOMBA ¿No lo decia yo?

CILIA. *(Devolviendo la carta á Valespir.)* Al fin vuelve, y vencedor, y más grande todavía!...—Abrázame, Colomba. ¡Si vieras cuán feliz soy! ¡Va á volver hoy mismo, tal vez dentro de una hora!

COLOMBA ¿Dentro de una hora? Espera.

CILIA. ¿Á dónde vas?

COLOMBA Á prepararme para ir en su busca. Quiero ser la primera que lo salude. *(Vase por la segunda puerta de la izquierda.)*

VALESP. Y yo tambien. Pero ¿qué teneis? *(Á Cilia.)* ¿Os poneis pálida?

CILIA. No hagais caso; es la emocion, el placer que me ha causado la esperanza de ver llegar en breve á mi amado Vidal. Si quisierais acompañar á Teresa y á Colomba...

VALESP. ¡Pues no he de querer!

CILIA. En este instante me siento sin fuerzas para salir á su encuentro. Además, quiero retardarle el gozo que tendrá en verme; así castigaré su tardanza y su silencio, que tanto me han hecho penar.

VALESP. Pues entonces... Antes de cinco minutos vendré á buscarlas. Si entre tanto las gentes de mi casa preguntan por mí, decidles que participen á Teresa cómo han cumplido mis órdenes. Ella me lo comunicará.

CILIA. Voy á prevenirla. *(Vase por la izquierda.)*

VALESP. ¡Qué gran dia! El trovador á quien ha premiado todo un rey, me llama su especial amigo! *(Vase.)*

ESCENA VII.

TERESA, *luego* CORO.

MÚSICA.

(No bien Valespir se ha ido apresuradamente por el foro izquierdo, el Coro empieza á reunirse en grupos en la plaza, dejándose ver por el ajimez del fondo. Á poco sale Teresa.)

TERESA. Hoy se acaban las tristezas,
Las angustias y el sufrir:
Otra vez de nuevo empieza
El contento á sonreir.
Cuando yo era moza y linda
Tambien me llamaban flor.

A estas canas ya nadie les brinda
Suspiros de amor.

—

¡Ya se acercan!... Entrad luego. *(Al Coro, que se presenta en la puerta del fondo.)*

CORO. ¿No está aquí D. Garcerán?
TERESA. Yo soy él, y de órden suya...
CORO. ¿Vos sois él? ¡Ja, ja, ja, ja!
TERESA. Referidme si habeis hecho
Lo que á bien tuvo mandar.
CORO. ¿Referiros?...
TERESA. Él lo quiere.
CORO. Pues entonces, allá va.

—

—Ya se preparan
Los ministriles,
Y los juglares
Que han de cantar.
—Para los fuegos
Tengo barriles,
Y pez que alumbre
Todo el lugar.
—Ya he sacado
Los tapices.
—Yo la plata.
—Yo el jamon.
—Yo capones
Y perdices,
Y conservas
Y turron.
—Los vinos
Añejos,
Á mozos
Y á viejos
Deleite
Darán.

TERESA. ¿Eso ha mandado D. Garcerán?

CORO. Las frutas
Tempranas,
Á niñas
Y ancianas
Regalo
Serán.

TERESA. Es muy rumboso D. Garcerán.

TODOS. Todas las cosas
Están dispuestas;
Díselo al amo,
Díselo tú.
Grandes y chicos,
Para las fiestas
Algo preparan
En Besalú.

(Vanse por el fondo.)

—

HABLADO.

TERESA. ¡Jesucristo! ¡Ahí es nada lo que se está preparando! ¡Es mucho D. Garcerán! ¡Esto va á ser el dia del juicio!

ESCENA VIII.

DICHA, CILIA: *á poco* VALESPIR.

CILIA. ¿Ha vuelto D. Garcerán?

TERESA. Todavía no; pero ahora mismo acaban de marcharse sus servidores.—¡Ay señora de mi alma! ¿Si viérais los preparativos que están haciendo para recibir al amo! Segura estoy de que los nacidos no han visto nada semejante.

CILIA. ¿De veras?

TERESA. Músicas, fogatas, banquetes... ¡Qué sé yo cuántas cosas!

VÁLESP. *(Entrando por la puerta del foro.)* Aquí me teneis. Se me

habia olvidado lo principal, y no he querido dejarlo para despues.

TERESA. El Sr. D. Garcerán está en todo.

VALESP. Acabo de ver al señor vicario para que disponga una espléndida funcion á nuestra santa patrona, en accion de gracias por la honra que nos ha concedido.

CILIA. ¡Amigo mio!

VALESP. Sí, amigo vuestro, y especial amigo del grande hombre! Conque ¿vamos en su busca?

CILIA. Teresa, vé á decir á Colomba que se apresure.

TERESA. Voy corriendo. *(Vase.)*

VALESP. ¡Ay, amiga mia! Con el cúmulo de cosas que traigo en la cabeza, ni tiempo he tenido para hablaros de lo que me interesa más. ¿Consentireis que aproveche estos momentos?

CILIA. ¿De qué se trata?

VALESP. ¿No lo adivinais, sabiendo el amor que profeso á vuestra hermana?

CILIA. Lo presumía.

VALESP. Desde que Colomba llegó á Besalú, á los dos meses de haber partido Vidal, no sé lo que pasa por mí. Apenas logré verla, cuando mi corazon, antes libre, se sintió cautivo. Hasta entonces mi ambicion se cifraba únicamente en la gloria. Los atractivos de Colomba han desplegado á mis ojos horizontes desconocidos; desde aquel dia sueño con las dulzuras del amor.

CILIA. Conociendo vuestras nobles prendas y el honesto fin de vuestros deseos, agradezco mucho el honor que le dispensais.

VALESP. ¿Podrá lisonjearme la esperanza de llegar á obtener...

CILIA. Espero que cuando os conozca mejor... Un marido como vos puede contribuir á su bienestar, y ambiciono verla unida con quien la merezca.

VALESP. Si se digna acoger mi súplica, adivinaré sus pensamientos.

ESCENA IX.

DICHOS, COLOMBA *y* TERESA.

COLOMBA *(Á Cilia.)* ¿Me encuentras bien?

TERESA. No nos detengamos, si hemos de llegar á tiempo.

CILIA. D. Garcerán de Valespir me hace el favor de acompañarte.

VALESP. Yo soy quien recibe merced en tamaña honra. *(Á Colomba.)* ¿Podré esperar que no desdeñeis mis rendimientos?

COLOMBA Si nos detenemos vamos á llegar tarde. Adios, hermana mia. Dentro de breves momentos voy á tener la dicha de conocer al amado de tu corazon. *(Á don Garcerán.)* ¿Vamos?

VALESP. Como gusteis. *(Vanse.)*

ESCENA X.

CILIA, *luego* VIDAL.

(Desde este momento música en la orquesta.)

CILIA. Al fin me han dejado sola. ¡Cómo me late el corazon! Anhelo verle entrar por esas puertas, estrecharlo entre mis brazos, y á pesar de ello no sé qué sensacion desconocida, qué extraño sentimiento me conturba y agita en esta hora de suprema felicidad. —¿Volverá tan apasionado amante como se fué? ¿Seguiré siendo el genio bienhechor que calmaba las tempestades de su alma, y disipaba con una mirada cariñosa las nubes de su tristeza?—No sé por qué me estremezco, por qué dudo.—Corazon mio, desecha vanos temores; no hagas caso de negros presentimientos; no injuries al que adoras, sospechando de su constancia... Nunca olvidará Vidal el jura-

mento que nos hicimos, de morir el dia en que uno de los dos fuese obstáculo á la ventura del otro. *(Arrodillándose ante el Crucifijo que hay en el reclinatorio.)*

—

MÚSICA.

—¡Oh Señor, haz que renueve
Su amoroso juramento
Con afan constante y puro!
Haz que no me engañe aleve;
Que su único pensamiento
Se cifre en mi amor.

VIDAL. *(Que ha entrado momentos antes por la segunda puerta de la izquierda y se ha ido acercando poco á poco hasta llegar á Cilia, exclama, poniendo sobre la mesa una caja que trae en la mano.)*
Lo juro.

CILIA. *(Dando un grito y volviéndose á el.)*
¡Ah! ¡Mi Vidal!

VIDAL. *(Estrechándola en sus brazos.)* ¡Cilia mia!

CILIA. ¿Eres tú, luz de mis ojos?
Habla, responde, ¿no es sueño
de mi loca fantasía?

VIDAL. No: cesen ya tus enojos.

CILIA. En los brazos de mi dueño.

—

VIDAL. Léjos de tí, bien mio,
Mi corazon amante,
Como avecilla errante,
Volaba siempre á tí.
Tu plácida memoria,
¡Oh imán de mi albedrío!
Áun más que fama y gloria
Fué siempre para mí.

CILIA. ¡Cese el dolor impío!
Tu corazon amante,

Como avecilla errante,
Volaba siempre á mí.
Viviendo en tu memoria,
¡Oh imán de mi albedrío!
Áun más que fama y gloria
Fuí siempre para tí.

—

HABLADO.

VIDAL. ¡Cilia de mi corazon!

CILIA. Calla, cállate por Dios. Quiero saborear lentamente la alegría que me embarga. ¿No es verdad que esta primera ausencia será la última? ¿Que nunca te apartarás de mi lado?—¡Déjame contemplar tu rostro! Nada ha cambiado en él. Esa es la frente donde todos ven impreso el sello del génio. Esos los ojos donde yo miro arder la llama del amor. Este corazon *(Poniéndole la mano sobre él.)* late siempre por mí, ¿no es cierto? Habla, dime lo que has hecho, lo que has visto, lo que has pensado; cuéntame hasta las menores circunstancias: anhelo saberlo todo. Léjos de mí, ¿no te parecia más pesado el aire, ménos claro el sol, más oscura la noche?

VIDAL. La ausencia no ha separado nuestras almas. Ni el esplendor de la córte, ni el alborozo de las fiestas, ni las envidias y el ódio de que me ha hecho blanco el premio han conseguido aprisionar mi espíritu. He permanecido en Tarazona sin ojos para ver, sin oidos para oir; mi alma estaba en Besalú.

CILIA. ¡Querido Vidal! ¿Qué traes en esa caja? *(Reparando en la que puso Vidal sobre la mesa.)*

VIDAL. *(Entregándosela.)* Ábrela.

CILIA. ¡Una corona de laurel!

VIDAL. El laurel con que ha premiado mis trovas D. Alfonso IV, y que no he querido colocar en mis sienes

hasta que lo pusiese en ellas la mano de la mujer amada. *(Arrodillándose á los pies de Cilia.)*

CILIA. El amor va á coronar al rey de los trovadores. ¡Quiera Dios que no haya en esta corona las espinas que ocultan las de los reyes! *(Al ir á poner la corona á Vidal, se fija en ella y la retira sobresaltada.)* ¡Ay, Dios mio!

VIDAL. ¿Qué tienes?

CILIA. Entre estos laureales hay una hoja de yedra.

VIDAL. ¿Qué importa?

CILIA. La yedra crece sobre las tumbas.

VIDAL. ¡Supersticiosa!

CILIA. ¿No he de temer, amándote como te amo!

VIDAL. Me sorprende ese incomprensible temor.

CILIA. *(Despues de luchar consigo misma breves instantes.)* Óyeme, y sé franco. ¿Soy yo la única mujer á quien amas, la sola á quien has querido?

VIDAL. ¡Cilia!

CILIA. Deseo saberlo... y acaso tenga fuerzas para perdonártelo todo.—La sospecha no consiente felicidad. La incertidumbre es mil veces peor que la muerte.—Vidal, no acierto á explicarme por qué sospecho, por qué dudo; pero te suplico de nuevo que arranques de mi corazon este dardo envenenado.—¿Soy yo la única mujer á quien amas, la sola á quien has querido?

VIDAL. Para calmar tan inexplicable zozobra, voy á hacerte una confesion que he dilatado por no causarte disgusto, pero que siempre pensé hacer, á fuer de honrado y caballero.

CILIA. *(Ap.)* Valor, corazon.

VIDAL. Antes de conocerte amé á otra mujer.

CILIA. *(Ap.)* ¡Dios eterno!

VIDAL. La amé con amor casto como el de los ángeles; la amé en secreto, quizás sin que ella misma lo adivinara, y sin esperar correspondencia. Las circunstancias nos separaron. Te conocí despues, y la me-

moria que de ella conservo es como una de esas celestiales apariciones que vemos en sueños, y de las cuales fuera inútil querer acordarse al despertar.

CILIA. ¿La has vuelto á ver?

VIDAL. Nunca. Creo que ha muerto.—¿Perdonas, querida Cilia, que haya retardado hasta hoy esta confesion?

CILIA. ¿Me amas tanto como á esa aparicion celestial?

VIDAL. ¿Todavía me ofendes con esa duda?

ESCENA XI.

DICHOS, VALESPIR, *luego* COLOMBA, TERESA *y acompañamiento.*

(Desde este momento hasta el final, música en la orquesta.)

VALESP. *(Entrando agitado por la puerta del fondo.)* ¡Pronto, un sitial, un taburete! — ¡Ah Vidal insigne, perdonad si no me entrego exclusivamente á la dicha de volver á veros!

VIDAL. ¿Qué sucede?

CILIA. ¿Y Colomba?

VALESP. No hay por qué asustarse; ha sido un simple desmayo.

CILIA. ¿Un desmayo? ¡Hermana mia!

VIDAL. ¿Está tu hermana en Besalú?

CILIA. Pronto hará un mes.—Corramos...

VALESP. Deteneos. Va á venir sin demora.

CILIA. Pero ¿qué causa?...

VALESP. La agitacion, la sorpresa... Figuraos que á poco de haber salido apresuradamente de aquí, estando ya en las afueras de la poblacion, vimos á un caballero á galope, el cual, antes de llegar á nosotros, dejó el camino y se entró por la vereda que desde la márgen del rio conduce á vuestro jardin. Yo le conocí al instante y quise volar á su encuentro; mas

no bien le dije á Colomba:— «¡Aquel, aquel es vuestro cuñado Vidal!» y ella se aprestaba á seguirme, fijando en él sus miradas, cuando dió un grito, vaciló, y cayó desvanecida en brazos de Teresa. Llevámosla inmediatamente á la casa más próxima, donde nos prestaron auxilio, y... ved, ahí la teneis. *(Señalando á la puerta del fondo, donde aparece Colomba apoyada en Teresa y seguida de algunas personas.)*

CILIA. *(Corriendo á su encuentro.)* ¡Colomba!

VIDAL. *(Retrocediendo aterrado al ver á Colomba.)* ¿Qué miro? ¡Es ella! ¡Es ella!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE AMIGOS DE VIDAL *y* PERSONAS DISTINGUIDAS DE BESALÚ.

(Al levantarse el telon aparece el Coro como saliendo de las habitaciones interiores, y se divide en dos grupos.)

MÚSICA.

UNOS. Ya la cándida Colomba
Se comienza á serenar.
OTROS. Ya podemos retirarnos
El banquete á preparar.
UNOS. Su pálido rostro
Me da compasion.
OTROS. Que el triunfo se aguara
Temí sin razon.
UNOS. Fué accidente pasagero,
Pronto se ha de recobrar.
OTROS. El desmayo de la niña
Me da mucho en que pensar.
UNOS. Criada entre monjas,
Cualquier desazon...

OTROS. Me choca, no obstante,
Su gran turbacion.
UNOS. ¿Qué decís?—Sois maliciosos
OTROS. ¿Maliciosos?—Piensa mal...
UNOS. No está bien que murmuremos
En la casa de Vidal.

—

TODOS. ¡Calle, calle la malicia!
Tributemos en justicia
Digno aplauso al trovador.
Brille siempre en su morada,
Por la gloria coronada,
La ventura del amor.
(Vánse por la puerta del fondo.)

ESCENA II.

VIDAL, *saliendo de las habitaciones de la izquierda.*

HABLADO.

¡No puedo más! Necesito respirar libremente á solas siquiera un momento. La impresion que he recibido; la violencia que he necesitado hacerme para no dar á entender cuánto padezco; el dolor de Cilia, y su afanosa solicitud por Colomba, todo me conturba y agita como si una mano de hierro me apretase el corazon.—Un año y otro he buscado á esa mujer; la creí muerta, y la encuentro al fin cuando ya no puedo amarla sin ser criminal. En vano pretendo engañarme. Su presencia ha despertado en mí con mayores bríos el fuego de la antigua pasion. ¿Cómo vivir, teniéndola siempre á mi lado? ¿Cómo vivir, luchando entre el crímen y la desesperacion; vacilando entre dos precipicios; muriendo á cada instante, sin poder decir que muero?...—¡Colomba her-

mana de Cilia! De Cilia, que supo encadenar mi alma con el lazo de la gratitud, y á quien he jurado en los altares eterna fidelidad!—¿Qué haré, Dios mio, qué haré?... ¡Ah! Valespir.

ESCENA III.

VIDAL, VALESPIR.

VALESP. *(Saliendo de las habitaciones interiores.)* Vengo con el corazon lleno de júbilo. Vuestra cuñada se ha repuesto ya del repentino accidente que nos causó á todos tanta zozobra, y puedo al fin atender á los preparativos de la fiesta con que las gentes de Besalú van á celebrar el triunfo de su admirable trovador. Disipada esta nubecilla, vereis hasta dónde llega el entusiasmo que habeis sabido inspirar al pueblo entero.

VIDAL. Agradezco en el alma ese testimonio de afectuosa consideracion; pero la fatiga del viaje, el temor de causaros nuevas molestias...

VALESP. ¿Molestias?—La única molestia seria renunciar al placer de festejaros.

VIDAL. *(Ap.)* ¡Fiestas! ¡En estos momentos!

VALESP. Los preparativos que se hacen no son únicamente obra mia. El entusiasmo es general. Se ha dispuesto para hoy mismo un banquete en la plaza pública, donde clero, nobleza y plebe tendrán sus más autorizados representantes.

VIDAL. *(Ap.)* En el estado de mi espíritu... *(Alto.)* Valespir, amigo mio, aunque no hallo voces para agradecer tal favor, os ruego que renuncieis á esa fiesta.

VALESP. ¿Renunciar? Ya es imposible. Fuera de que si Besalú dejara en esta ocasion de festejaros como á un príncipe, se deshonraría. Conozco el deber que las

circunstancias nos imponen, y la causa que os mueve á rehusar el honor que se os prepara.

VIDAL. *(Sobresaltado.)* ¿La causa? ¿Conoceis la causa?

VALESP. ¿Pues no la he de conocer? ¿Hay alguien que ignore vuestra modestia?

VIDAL. ¡Ah! mi modestia...

VALESP. Pero no temais. Sereis festejado á pesar vuestro, y nadie os tachará de orgulloso. Por lo demás, debo deciros, francamente, que si es desinteresado el entusiasmo de la multitud, el mio tiene sus puntas de egoista.

VIDAL. No os comprendo.

VALESP. La gloria de vuestro nombre ha de redundar en honra de vuestra familia.

VIDAL. Y eso ¿qué tiene que ver?...

VALESP. Sois el mejor de mis amigos, y me inspirais plena confianza; ¿permitireis que os manifieste mis deseos?

VIDAL. ¿Por qué no?

—

MÚSICA.

VALESP. Si el amigo ser quisiera
Más que amigo, un poco más,
Ventura inefable con ello me diera!

VIDAL. ¿Más que amigo?—Hablad.

VALESP. De Colomba la hermosura
Y el encanto sin igual,
¿En quién no despiertan pasion noble y pura?

VIDAL. *(Ap.)* ¡Qué escucho!—*(A Valespir.)* ¿La amais?

VALESP. ¡De ser vuestro hermano
Codicio la gloria;
Si logro su mano,
¡Qué dulce victoria!
No habrá en toda España
Mortal más feliz.

VIDAL. *(Ap.)* ¡Su mano! ¡Dios justo!
¡Aún más sinsabores!
VALESP. *(Sorprendido.)*
¿Oís con disgusto
Que os hable de amores?
VIDAL. *(Bruscamente.)*
¡Dejadme!
VALESP. *(Con extrañeza.)* ¿Qué es esto?
VIDAL. *(Dulcificando el tono y tendiéndole la mano.)*
Perdon, Valespir.
VALESP. ¿Os enoja mi amor?
VIDAL. *(Aparentando sorpresa.)* ¿Á mí... enojarme?
¿Pensais tal vez...
VALESP. *(Volviendo á su natural jovialidad.)*
Si unido á vuestra esposa
Quereis, por compasion á mi delirio,
Benévolo ayudarme,
Os juro hacer dichosa
Á la que tanto adoro.
VIDAL. *(Ap.)* ¡Qué martirio!
VALESP. ¿No respondeis?—¿Imaginais acaso
Que indigno es de Colomba
El fuego en que me abraso?
VIDAL. *(Con cierta ansiedad.)*
Pero ella ¿os corresponde?
VALESP. De esta llama
Que arde viva en mi pecho
Nada le dije aún.
VIDAL. *(Con angustioso recelo.)* Pero ella ¿os ama?

—

VALESP. Extasiado al mirar sus hechizos,
Siempre quise decirle mi amor;
¡Vano intento! La luz de sus ojos,
Cegando los mios, quitóme el valor.
Yo no sé si á mi afán corresponde,
Si rechaza mi ardiente pasion...

¡Sed mi amparo! Decidle que muero,
Que rindo á sus plantas mi fiel corazon.

VIDAL. ¿Qué me pedís?

VALESP. Vuestro sin par talento
Encontrará camino
Por donde logre mi amoroso intento.
(Ap.) Pronto mis dudas
Van á cesar.
Todo lo espero
De su amistad.

VIDAL. *(Ap.)* ¿Hay más tormentos?
¿Hay más penar?
Todo lo espera
De mi amistad.

—

HABLADO.

VALESP. *(Á Vidal.)* Con que ¿accedeis á mis ruegos? ¿Intercedereis con Colomba en favor mio?

VIDAL. Por grande que sea mi anhelo de complaceros, no está en mi mano asegurar... Si ella tiene inclinacion á otro...

VALESP. ¡Imposible!..

VIDAL. *(Alarmado.)* ¿Imposible? ¿Por qué?

VALESP. Educada en el recogimiento del claustro, viviendo siempre al lado de su anciana y virtuosa tia, aleccionada por el recato de vuestra esposa, ¿en quién ha de haber puesto sus ojos? Desde que llegó á Besalú, yo soy la persona que más ha visto; la única tal vez que ha tenido ocasion de inspirarle simpatía.

VIDAL. Pues entonces, ¿por qué no le habeis manifestado lo que sentís?

VALESP. El amor suele ser más tímido cuanto es más puro y verdadero. Ya os dije que me ha faltado valor. Además, á ley de honrado, cumplíame ante todo revelar mi afecto á su noble hermana, y aguardar á que es-

tuviese de vuelta el que hoy le sirve de padre. Cuando ibais á llegar dí á Cilia cuenta de mi pasion, y no la estimó indigna de Colomba. *(Con amargura.)* Vos, que sois tan mi amigo, ¿pensais de otro modo?

VIDAL. *(Ap.)* Corazon mio, no hagas infelices á todos los que te rodean.

VALESP. *(Resentido.)* Adios, Vidal. Estoy viendo que os importuno.

VIDAL. ¡Que injusta sospecha!—Valespir, interrogaré á Colomba; y si no ama á otro, si experimenta la menor predileccion por vos... sereis mi hermano.

VALESP. ¿Vuestro hermano? ¡Cuánto lo agradezco! ¡Si supierais lo que me habeis hecho padecer con esas vacilaciones!... Pero os lo perdono. *(Con énfasis.)* Á los hombres que tienen vuestro gran talento, hay que perdonárselo todo. *(Vase.)*

ESCENA IV.

VIDAL, *luego* COLOMBA.

VIDAL. ¡Insensato! La idea de que pudiese amar á otro ha venido súbitamente á desgarrar mi alma y á extraviar mi razon.—¡Bendito sea este amor que defiende á Colomba del mio, y que me salva de mí propio! Sí... Que se case con Valespir... Grande es el esfuerzo; pero ¿acaso no exige sacrificios el cumplimiento del deber? Sí, sí, que sea dichosa con él, que él lo sea con ella.—¡Ay de mí! Quizás habria tenido valor para soportar la pena de que no fuese mia: ¿le tendré para verla en brazos de otro?—¡Egoista! ¿Con qué derecho desunirias dos almas tal vez nacidas para amarse?

COLOMBA *(Saliendo.)* ¿Vidal?

VIDAL. ¡Ah!

COLOMBA Me han dicho que teneis que hablarme.

VIDAL. Sí, tengo que hablaros de cosas interesantes y de cierta gravedad.

COLOMBA ¿De qué se trata, hermano mio?

VIDAL. *(Ap.)* ¡Su hermano! *(Á Colomba.)* Se trata... Se trata de amor.

COLOMBA ¿De amor? Sin duda no pensais bien lo que decís.

VIDAL. Tranquilizaos: me refiero al amor que Valespir os profesa.

COLOMBA ¡Ah!

VIDAL. ¿Quereis abrirme vuestro corazon... como á un amigo, como á un padre?

COLOMBA ¿Á qué fin?

VIDAL. Valespir os ama y anhela ser vuestro esposo; es noble, rico, de generosos sentimientos...

COLOMBA Cilia me habló ya de él esta mañana.

VIDAL. Y... ¿qué respondísteis?

COLOMBA Que no me conviene esa boda.

VIDAL. ¿Por qué?

COLOMBA No sé... Valespir es... *(Como quien busca un pretexto y no lo encuentra.)*

VIDAL. ¿Qué?

COLOMBA Es...

VIDAL. Decid.

COLOMBA Es... demasiado jóven.

VIDAL. Tiene diez años más que vos. En él encontrareis un protector, un sosten, un guia, un excelente marido. Á pesar de ello no he querido empeñarle mi palabra sin vuestro consentimiento. ¿Qué le respondo?

COLOMBA *(Procurando contener las lágrimas.)* Que no pienso casarme, que no me casaré jamás.

ESCENA V.

DICHOS, CILIA.

CILIA. ¿Qué tienes, Colomba? ¿Estás llorando?

COLOMBA No, no lo creas.

CILIA. *(Á Vidal.)* ¿Eres tú quien la hace llorar?

VIDAL. ¡Yo!

COLOMBA ¡Ni por pienso! Te aseguro que...

CILIA. *(Á Colomba.)* Ya que estás mejor, necesito que me aclares la causa de tu desmayo. Ese repentino accidente me tiene inquieta y sobresaltada. Valespir no ha sabido explicarnos bien...

COLOMBA Y deseas que yo misma...

CILIA. Deseo calmar la zozobra que experimento.

COLOMBA *(Dominándose, y haciendo por dar á sus palabras la mayor naturalidad posible.)* Al señalarme á Vidal, Valespir no debió ver cómo se encabritaba su caballo. Temí que viniese á tierra; y la agitacion en que me hallaba, unida al susto que me causó, dieron márgen á que perdiese momentáneamente el sentido.

CILIA. *(Á Colomba, con cariño, y recobrando su serenidad.)* El interés que te inspira mi Vidal acrecentaría lo que te quiero, si eso fuera posible.

COLOMBA *(Ap.)* ¡Dios mio!

CILIA. *(Á Vidal.)* ¿Sabes que la ama tu íntimo amigo don Garcerán? ¿No te ha revelado todavía su deseo de enlazarse con ella?

VIDAL. Me ha rogado que hablase á Colomba en favor suyo, y acababa de hacerlo cuando llegaste.

CILIA. *(Á Colomba.)* ¿Era eso lo que arrancaba lágrimas á tus ojos? ¿Rehusas la cariñosa oferta de un caballero como Valespir?

COLOMBA La rehuso.

CILIA. ¡Cómo!

COLOMBA Sí, la rehuso.

CILIA. ¿Por qué?—*(A Vidal.)* ¿Te ha dicho en qué se funda para rechazar enlace tan ventajoso?

VIDAL. Nada me ha dicho.

CILIA. Entonces voy yo á declarártelo, y espero que me ayudarás á disuadirla de semejante determinacion.

COLOMBA *(Á su hermana, en voz baja, y con suma ansiedad.)* ¡Cilia!

CILIA. *(Á Vidal.)* Este será su castigo.

COLOMBA *(A Cilia, aparte, cada vez más agitada.)* ¿Vas á descubrir mi secreto?

CILIA. *(En voz alta y con aire de severa reconvencion.)* ¿Debo ocultárselo á tu hermano, al que desde hoy has de considerar como tu segundo padre?

COLOMBA Cilia, por favor...

CILIA. No bien sepa de qué se trata, Vidal te dirá tambien que esas niñerías sin consecuencia son ilusiones que debes dar al olvido.—*(A Vidal.)* Colomba desdeña á Valespir, porque desde hace cuatro años vive acariciando un recuerdo...

COLOMBA *(A Cilia.)* Te suplico...

VIDAL. *(Muy conmovido.)* ¿Un recuerdo?

CILIA. Sí; el de cierto jóven desconocido que por aquel tiempo le ayudó á socorrer á una infeliz mendiga, y al cual no ha vuelto á ver desde entonces.

VIDAL. *(Ap.)* ¡Qué oigo!

COLOMBA *(A Cilia, aparte y con desesperacion.)* Cilia, hermana mia, por lo que más quieras en el mundo...

CILIA. *(Sin hacerle caso.)* La pobre se figura que ha de ver el dia ménos pensado á su caballero errante; y como ha conservado en su corazon ese recuerdo, como está enamorada de un sér ideal embellecido con las perfecciones que sueña su fantasía, cuantos hombres compara con él le parecen inferiores á tal modelo, y vive mártir de su memoria!

(Vidal se vuelve hácia otro lado para ocultar su emocion. Colomba procura sofocar su angustia. Al mismo tiempo se presenta Valespir en la puerta del fondo. Desde poco antes se empieza á ver por el ajimez del centro al pueblo bullir en la plaza. Unos colocan la gran mesa donde se ha de celebrar el banquete. Otros la cubren de los utensilios necesarios. Hombres, mujeres y niños adornan con tapices y guirnaldas la fachada de las casas que se descubren al frente. Damas, sacerdotes y caballeros inspeccionan ó dirijen las operaciones, que duran hasta la escena undécima, sin observar nada de lo que ocurre en casa de Vidal.)

ESCENA VI.

DICHOS, VALESPIR.

MÚSICA.

VALESP. *(Desde la puerta.)*
Están juntos: más propicia
No he de hallar otra ocasion.
CILIA. *(Viéndole, y procurando serenarse.)*
¡Valespir!
VIDAL. *(Yendo á su encuentro con afectada naturalidad.)*
¡Oh amigo mio!
COLOMBA *(Ap.)* ¡Él aquí... ¡Cielos, valor!
VALESP. *(Á Vidal.)*
¿Qué os ha dicho? ¿Corresponde
Á mi férvida pasion?
Ante el sol de su hermosura
Palidece el mismo sol.
Respondedme; la impaciencia
Me devora.
VIDAL. Hice por vos
Cuanto pude.
CILIA. *(A Valespir.)* Fiel amigo
Vuestra causa defendió.
VALESP. ¡Noble pecho!
VIDAL. *(Como contrariado.)* Todo inútil.
VALESP. ¿Qué decís? ¿Muerto mi amor?
COLOMBA *(Haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma y adelantándose resueltamente.)*
No, Valespir, se engañaron:
Seré vuestra esposa.
CILIA. }
VALESP. } *(Los dos primeros con gran alegría; el tercero como herido de un rayo.)* ¡Oh Dios!
VIDAL. }

(Á cuatro, cada uno para sí.)

VALESP. Al fin su labio angélico
Me colma de alegría;
Al fin cede á los ímpetus
De amor la prenda mia,
Y en no esperado júbilo
Se baña el corazon.

COLOMBA. ¡Oh dulce sueño angélico
De amor y de alegría!
¡Oh generosos ímpetus
De la esperanza mia;
De muerte, no de júbilo,
Se viste el corazon!

VIDAL. Cesó ya el sueño angélico
Sosten de mi alegría;
Destrúyenme los ímpetus
De la desgracia mia;
Hoy pena, en vez de júbilo,
Me oprime el corazon.

CILIA. ¡Bendito el labio angélico
Sostén de mi alegría!
Con tan hermosos ímpetus,
La dulce hermana mia
Inunda en santo júbilo
Mi amante corazon!

—

VALESP. ¿No es ilusion mentida? ¿No es locura
Esperar, sol hermoso,
Que consiga mi amor tanta ventura?

COLOMBA Vuestra esposa seré.

VALESP. *(Sin atreverse á dar crédito á lo que oye.)*
¿Yo vuestro esposo!

CILIA. *(Con la cariñosa expresion de quien ve logrado su deseo.)*
¡Colomba!

COLOMBA *(Aparentando serenidad y esforzándose por sonreir.)*
De esta suerte

Complazco á todos los que me aman.

VIDAL. *(Luchando consigo mismo, y sin darse cuenta de lo que hace.)*
Pero...

COLOMBA *(Severa y resentida.)*
¿Qué, no ansiaba el amigo, el caballero,
Que pronunciase un sí?

VIDAL. *(Aparte, con desesperacion.)* ¡Venga la muerte,
Si para siempre he de perderla!

CILIA. *(A Colomba, con viva satisfaccion.)* Ufana
Puedes estar de tu eleccion, ¡oh hermana!

—

COLOMBA *(Aparte, con gran amargura.)*
Ufana, y apenas
Mi pecho respira
Opreso en la cárcel
De angustia mortal!
Ufana, y consumo
De honor en la pira
Mi dicha, mi gloria,
Mi esencia vital!

VALESP. *(Aparte, muy gozoso.)*
Ya libre de dudas
Mi pecho respira;
Ya solo me aguarda
Ventura inmortal!

CILIA. *(Aparte, satisfecha.)*
Ya libre de afanes
Mi pecho respira.
Será tan dichosa
Cual yo con Vidal.

VIDAL. *(Aparte, sin poder enfrenar su desesperacion.)*
Estalla mi pecho,
Mi mente delira...
¡Casada con otro!—
¡Maldito Vidal!

HABLADO.

VALESP. Repetid, hermosa Colomba, para que pueda el alma saborear tanta dicha, que voy á ser vuestro esposo, vuestro esclavo!—Cuando se ha vivido algun tiempo en las tinieblas de la incertidumbre, no hay ojos capaces de resistir la luz de la felicidad. Decid que no me ciega su llama.

COLOMBA Pagaria mal el afecto con que me honrais, si no accediese á vuestra súplica. Lo he dicho y lo repito: seré vuestra esposa.

VALESP. ¿Quién más venturoso que yo? ¡Esta flor inmaculada, este conjunto de perfecciones, este ángel, va á ser mi mujer! Lo estoy viendo, y aún me parece mentira.—Miradme bien: ¿no me encontrais otro hombre? ¿No hay algo en mi semblante que dice: «esa es su mujer?»

CILIA. Moderad el entusiasmo: la alegría nos daña á veces tanto como el dolor.

VALESP. ¡Cuando nace de un amor puro, nos trasporta al paraiso!—Vos, insigne Vidal, que sois tan gran poeta y conoceis tan á fondo los misterios del corazon, declarad que no es peligrosa mi alegría.

VIDAL. Seguramente.

VALESP. ¡Colomba, Colomba mia!...—*(Á Cilia.)* Permitid que la llame así desde ahora.—*(Á Colomba.)* ¿Qué quereis que haga para corresponder al inmenso beneficio que me otorgais? ¿Dónde hallar tesoros de amor para pagar tanta felicidad!

CILIA. *(Á Valespir.)* Esta union viene á colmar nuestra dicha, porque os conozco, y sé que hareis feliz á Colomba. —*(Á Vidal.)* Para prestar tu consentimiento á este enlace, que mereció desde luego mi aprobacion, exigias que ella diese antes el suyo. ¿Estás ya contento?

VIDAL. *(Con amarga sonrisa.)* Sí, muy contento.

CILIA. ¡Con qué gozo verá desde el cielo mi santa madre

que el amado de mi corazon, que tú has mirado, como yo misma, por la suerte de mi hermana!

VIDAL. Colomba se ha decidido; y, al adoptar tan grave resolucion, debe saber bien lo que hace.

COLOMBA Hago... mi deber, mi felicidad... y acaso tambien la de otro.

VALESP. ¡Por supuesto!—La mia, la mia, que no puede ser mayor.—Es preciso que todo el mundo lo sepa hoy mismo.—Cilia, ¿tendreis la bondad de acompañarme? Quiero consultaros varias cosas importantes. —¡Esta inesperada ventura me ha trastornado el juicio!— ¡Pronto vuelvo, Colomba mia! —*(Á Vidal.)* ¡Un abrazo, trovador insigne! —*(Á Cilia.)* ¡Cuando yo decia que al fin seríais mi hermana!...
(Vase con Cilia por el fondo.)

ESCENA VII.

VIDAL, COLOMBA.

VIDAL. ¿Os quedais?

COLOMBA ¿Por qué no?

VIDAL. Me habia figurado que deseábais ir con ellos.

COLOMBA ¿Para qué?

VIDAL. Para estar al lado de Valespir. El pobre espera que vuestra mano palpite en la suya, como se estremeció una vez al tocar la mia.

COLOMBA ¡Qué cruel sois!

VIDAL. ¿Cruel? ¿Dónde está la crueldad? Por ventura, ¿no os han cautivado el mérito, el ingenio, las prendas de Valespir?

COLOMBA Y si así fuese, ¿qué haria, sino ceder á vuestra súplica? ¿No sois vos quien, abogando por el amigo de la infancia, me decíais, no hace mucho, que en él encontraria un protector, un sosten, un excelente marido?

VIDAL. Sin duda habeis nacido el uno para el otro!

COLOMBA ¡Ah Vidal! ¿Qué os he hecho para que me trateis así!

VIDAL. ¿Qué habeis hecho? ¿Preguntais qué me habeis hecho? Dejarme entrever el paraiso; anticiparme en esperanza la gloria de los bienaventurados, y precipitarme al punto en los abismos de este infierno de la vida!

COLOMBA ¿Sabeis si me era dable otra cosa? ¿No he devorado yo tambien penas más amargas que las vuestras?

VIDAL. *(Con acerbo desden.)* ¡Penas más amargas!

COLOMBA ¿No hay obstáculos, enfermedades terribles, que al perdonarnos la vida nos entregan moralmente á los horrores de una muerte lenta, interminable, más cruel mil veces que la que corta la existencia de un solo golpe?

VIDAL. Todo lo adivino.

COLOMBA Sí: largo tiempo estuve luchando con la muerte, sin tener noticia del hombre que habia encendido en mi pecho la llama del primer amor. La sospecha de que tan pronto hubiese podido olvidarme, hacia más tenaz y peligrosa mi enfermedad, aumentando la amargura que me producia el temor de morir en la aurora de la juventud. Desde entonces han pasado cuatro años, cuatro años, durante los cuales aquel apasionado amante olvidó á la crédula jóven que no cesaba de pensar en él!

VIDAL. ¿Creeis que he podido olvidaros?

COLOMBA Si no hubiese venido á esta casa, aún ignoraría que aquel gallardo mancebo que juraba consagrarme su existencia, es hoy el orgullo de Besalú, el trovador Ramon Vidal... el marido de mi hermana!

VIDAL. ¿Será verdad que he vivido siempre en tu memoria, que me amabas como yo á tí, que me amas todavía?

(Va á cogerle una mano, y en este instante entra Teresa.)

ESCENA VIII.

DICHOS, TERESA, *por la izquierda.*

COLOMBA *(Al verla.)* ¡Teresa!

VIDAL. *(Con desabrimiento.)* ¿Qué es eso?—¿Qué quereis?

TERESA. Nada. Venia á ver si estaba aquí la señora.

VIDAL. *(Asperamente.)* No está aquí.

TERESA. Como sé lo mucho que os quiere, y que se goza en vuestros triunfos más que vos mismo, la buscaba para que saliese á presenciar los preparativos de la fiesta.

VIDAL. Id vos, si gustais; dejadnos.

TERESA. Voy, señor, voy. *(Vase por el fondo.)*

ESCENA IX.

VIDAL, COLOMBA.

(Desde este momento música muy piano en la orquesta.)

VIDAL. Los momentos son preciosos.—Cuanto acabas de decirme revela lo que pasa en tu corazon, que está de acuerdo con el mio.—La desesperacion que se apoderó de mí creyendo haberte perdido para siempre, me hizo lanzarme en el torbellino del mundo, buscar en el aturdimiento de los placeres empleo á la febril actividad de mi espíritu. Momentos hubo en que la gloria poética, imán de mis ilusiones, hasta llegó á cansarme y hacérseme odiosa.—En semejante situacion, ví una mujer que me recordó tu semblante, que me pareció el reflejo de tus atractivos, y la amé, pensando que en ella te amaba á

tí. — ¡El cielo me castiga duramente, porque esa mujer es tu hermana!—Pero te encuentro, vives, y mientras vivas, mi corazon será solamente tuyo. Partamos de estos lugares. Busquemos la felicidad en lejanas tierras.

COLOMBA ¿Qué os atreveis á proponerme?

VIDAL. Lo único que puede salvarte y salvarme.—¿Concibes lo que seria de nosotros, si Cilia llegase á conocer nuestro amor?

COLOMBA Pero ese amor es una locura, ¡un crímen!—Dejad que me sacrifique yo sola huyendo de vuestro lado.

VIDAL. ¡Estéril sacrificio! — Viviendo lejos de tí, siendo causa de tus pesares, ¿cómo soportar la vida?—Cilia misma seria muy desgraciada, porque ya no podré corresponder á los halagos de su ternura sino con aspereza y desvío.—Partamos.

COLOMBA ¡Imposible!

VIDAL. Es absolutamente necesario. Voy á prepararlo todo.

COLOMBA ¡Deteneos: no acrecenteis mi amargura!—Pensad en las consecuencias del escándalo. El pueblo, reunido en la plaza para celebrar el triunfo, vendrá aquí dentro de breves instantes.

VIDAL. ¿Y qué me importa el triunfo? Esos importunos dispuestos á festejarme, ¿podrán enfrenar la tempestad que ruge desatada en mi pecho? ¿Iluminarán mi corazon con un solo rayo de felicidad?—Colomba, lo repito, es necesario partir esta noche misma. Al toque de oraciones iré á buscarte al jardin: espérame.

COLOMBA No, Vidal.

VIDAL. Espérame, si no quieres hacer mayor nuestra desventura. Va en ello tu vida, la mia, quizás la de tu hermana.

ESCENA X.

DICHOS, CILIA, *por la puerta del fondo.*

CILIA. *(Al verlos, se detiene y dice aparte.)* ¡Juntos aún!
COLOMBA Pensad en vuestra reputacion, en vuestra gloria.
VIDAL. ¡La gloria no es más que un sueño!—Si vacilas, si te niegas á seguirme, no tardarás en saber mi muerte.
CILIA. *(Ap. y sofocando un grito.)* ¡Qué oigo! *(Da un paso hácia ellos; pero se detiene al punto, cambiando súbitamente de resolucion, y se oculta, llorando, en la segunda puerta de la izquierda. Todo esto ha de ser rapidísimo.)*
VIDAL. Antes viví para la gloria; de hoy más solo vivo para tu amor.

—

MÚSICA.

COLOMBA Con ese amor soñaba el alma mia,
Y era mi único bien!
VIDAL. Repítelo, Colomba, pues seria
Mi muerte tu desden.

—

Al uno para el otro
Nos hizo el alto cielo;
Sin tí, mi vida fuera
Perpétuo desconsuelo;
Contigo, eterna dicha,
Ventura sin igual.
COLOMBA Si al uno para el otro
Nos hizo el alto cielo,
¿Por qué la suerte fiera
Se opone á un casto anhelo?

¿Por qué turba la dicha
Con pena sin igual?

CILIA. *(Ap., con gran amargura.)*
¡Con ella eterna dicha,
Ventura sin igual!

—

VIDAL. Huyamos, pues. Ni la tremenda furia
del irritado averno, en lo futuro
separarnos podrá.

CILIA. *(Ap.)* ¡Tamaña ingratitud, tan negra injuria
Se da por premio á mi cariño puro!

VIDAL. ¡Huyamos!

COLOMBA Vienen ya.

ESCENA XI.

DICHOS, VALESPIR, *seguido de su servidumbre.* CORO DE DAMAS, CABALLEROS *y* GENTE DEL PUEBLO. *Uno de los pajes de* VALESPIR *trae varias copas de plata en una bandeja. Despues* CILIA *por la izquierda.*

(Las gentes que están en la plaza se encaraman á mirar por el ajimez lo que pasa en el escenario, y se agolpan con el mismo fin á la puerta del fondo, que abre de par en par uno de los primeros que entran.)

CORO. En la plaza congregado
Todo el pueblo con amor,
Solo aguarda entusiasmado
Que el banquete preparado
Honre el noble trovador.

VIDAL. *(Procurando dominar su agitacion.)*
Yo me siento avergonzado:
No merezco tanto amor.

VALESP. Todo el pueblo entusiasmado
Un banquete ha preparado
Para honrar al trovador!

VIDAL. Ese amoroso afecto, en tal manera
Mi corazon conturba, que sintiera...

VALESP. *(Viendo á Cilia, que aparece en la segunda puerta izquierda.)*
Aquí está la que ya miro
Como á tierna y dulce hermana;
Aquí está la flor lozana,
Gala y prez del trovador.

VIDAL. *(Dirigiéndose á Cilia con afectada dulzura.)*
¡Cara Cilia!...

CILIA. *(Aparte, sin hacer caso de Vidal.)*
¡Dios clemente,
Dadme fuerzas compasivo!
(Saludando á D. Garcerán, á quien se dirige desde luego.)
Valespir...

VIDAL. *(Ap.)* Su rostro esquivo
Me ha llenado de temor.

—

CILIA. *(Ap.)* Sofoca tus iras, cariño burlado:
Cobarde no muestres, en llanto abrasado,
Las ansias que turban el fiel corazon.
Ingratos hoy pagan con hondo martirio
Vidal y Colomba mi tierno delirio!..—
Mi sueño de amores fué vana ilusion.

COLOMBA *(Ap.)* Palpita mi pecho de amor abrasado:
Es crímen amarle, y el cielo indignado
No arranca este fuego del vil corazon.
¡Oh Cilia, tu hermana será tu martirio!—
¡Templad, Dios eterno, templad mi delirio;
Que al fin no me rinda tan ciega pasion!

VIDAL. *(Ap.)* ¡Terrible, funesto sarcasmo del hado!
Laureles el pueblo me brinda exaltado,
Que fueron un tiempo mi grata ilusion.

Me juzgan dichoso, y en hondo martirio,
Esclavo, juguete de amante delirio,
Se abisma en el crímen el vil corazon.

VALESP. ¡Dichoso momento, por fin has llegado!
Vidal por el pueblo será festejado,
Al par que se logra mi ardiente pasion!
¿Qué dicha más alta, despues del martirio?
Premiando Colomba mi amante delirio,
De júbilo inunda mi fiel corazon.

CORO. ¡Dichoso momento, por fin has llegado!
Cantemos el triunfo del vate inspirado
Que humilla á Provenza y es luz de Aragon!—
Si algun envidioso padece martirio,
Que pene mirando llegar al delirio
Del pueblo entusiasta la viva emocion.

—

VALESP. Vamos, pues.

CORO. ¡Al banquete!

VALESP. Cilia, Vidal, Colomba...

CILIA. *(Ap.)* (¡Que no noten
Lo que pasa por mí!)

VALESP. *(Tomando una copa de las que lleva el paje, y dándosela á Vidal.)*
Tomad la copa,
Y que el licor agoten
Los amantes esposos
Á quien ansiamos ver siempre dichosos.
(Tomando otra copa y presentándosela á Cilia.)
¡Á la musa inspiradora
Del insigne trovador!

VIDAL. Cilia...

COLOMBA *(Ap.)* ¡Ay triste!

CILIA. *(Dominando la emocion.)* ¡Por su triunfo!

VIDAL. *(Haciendo un supremo esfuerzo.)*
¡Por la gloria de los dos! *(Beben.)*

VALESP. *(Brindando.)*

¡La ventura que disfrutan
En la paz de un santo amor,
Dure tanto cual su vida,
Brille siempre como el sol!

COLOMBA
VIDAL.
CORO. } ¡Por el lauro del poeta!

VIDAL. ¡Por la dicha de los dos!
(Mirando furtivamente á Colomba, y con acento muy expresivo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Jardin en casa de Vidal.—A la derecha del actor la fachada del edificio.—En el fondo, la tapia que cerca el jardin, con una puerta enverjada, desde cuyo exterior arranca una alameda que tuerce hácia el foro izquierdo. — Árboles, arbustos y plantas, convenientemente distribuidos por el escenario.—En los primeros bastidores de la izquierda, la entrada de un cenador.

ESCENA PRIMERA.

TERESA, *dejando en el suelo una regadera.*

HABLADO.

¡Válgame Dios, y qué cosas pasan en el mundo!—¿Quién hubiera creido que en dia de tanto gozo para esta casa, iban á estar todos en ella preocupados y disgustados como si les ocurriese algun contratiempo!—Desde que ha vuelto el amo, no hemos tenido un minuto de tranquilidad. Y lo que me apura principalmente, es ver el estado en que se encuentra mi señora, por más que lo disimula. — ¡Aquí hay gato encerrado! —Si fuese... Pero ¡cá! no es posible. Colomba se casa con D. Garcerán. Aunque me devano los sesos, no doy con la verdadera causa de tal disgusto. Y sin embargo, yo tambien experimento una agitacion... hasta se me han quitado las ganas de ver las luminarias y bailes, ¡á mí que tanto me gustan esos festejos! *(Coje la regadera.)* — Vamos á

regar las plantas. — ¡Calle! Por allí asoma D. Garcerán. *(Viéndole acercarse por la alameda.)* Los enamorados no sosiegan. *(Deja otra vez la regadera, y va á abrir la puerta del jardin.)*

ESCENA II.

TERESA, VALESPIR.

MÚSICA.

VALESP. El que amando con delirio
Ve lograda su pasion,
Codicia que sepa el mundo
La victoria de su amor.
Pero si el bien que idolatra
Es cual la que adoro yo,
Callar tanta dicha fuera
Dar tormento al corazon.
Á estas horas ya sabe
Todo el lugar,
Que conmigo Colomba
Se va á casar.

—

Cuando al pié de los altares
Nos echen la bendicion,
Y unidos en santo lazo
Vivamos juntos los dos;
Teresa, ¿quién más dichoso,
Quién más dichoso que yo,
Si áun en medio de la noche
Veré los rayos del sol?
Por eso he dicho á todos
En el lugar,
Que Colomba conmigo
Se va á casar.

HABLADO.

TERESA. Comprendo bien el gozo del señor D. Garcerán por la felicidad que le espera. Colomba es alhaja digna de un rey. Yo, que la he visto nacer, estoy en el caso de apreciar mejor que otros cuánto vale.

VALESP. ¿No es verdad que vale mucho?

TERESA. ¡Pues ya lo creo!—Segura estoy de que todos os van á envidiar.

VALESP. Desde que se dignó concederme su mano, deseo con mayor ahinco ver correr apresuradamente las horas, para que llegue el instante de nuestra union.

TERESA. ¡Estos enamorados!... ¡Ay! Se necesita serlo para desconocer que el tiempo corre siempre demasiado deprisa.

VALESP. Para mí tiene alas de plomo.—¿Podré ver un momento á la que amo?—Siendo ya su prometido, natural es que tenga que decirle mil cosas, sobre todo no habiendo podido aún hablarle directamente de amor.

TERESA. Tendria sumo gusto en complaceros; pero no puedo hacer nada sin consentimiento de la señora.

VALESP. ¿Quereis participarle mi anhelo?

TERESA. Lo que es querer, con mil amores. Sólo que en esta ocasion...

VALESP. ¿Qué?

TERESA. La verdad, señor D. Garcerán, no me atrevo.

VALESP. ¿Por qué causa?

TERESA. ¿Por qué?... ¡Qué sé yo!

VALESP. *(Alarmado.)* ¿Ocurre algo que venga á contrariar mi dicha?

TERESA. De ningun modo. Pero...

VALESP. Me están matando esas dudas.

TERESA. Voy á ser franca con vos, que sois el mejor amigo de la casa.

VALESP. Hablad.

TERESA. ¿No habeis reparado en mis señores durante el banquete?

VALESP. Solo he reparado en Colomba los breves instantes que me ha dejado libres mi encargo de director de la fiesta.

TERESA. Hubiérase dicho al ver la seriedad del amo que asistía á un duelo más que á un triunfo. En cuanto á la señora, yo no le quitaba ojo, y he visto correr por sus megillas algunas lágrimas, que procuraba enjugar sin que nadie lo advirtiese.

VALESP. ¿Y es eso lo que os preocupa?—Pues yo lo encuentro la cosa más natural del mundo.—¿No habia de llorar de gozo, al ver celebrado de tal suerte á su querido Vidal?

TERESA. Será lo que querais; pero de todos modos...

VALESP. Me parece que os alarmais sin motivo.

TERESA. ¡Ojalá! Esperad hácia esa alameda que va al rio, y os avisaré no bien la señora me diga que podeis hablar con vuestra Colomba.

VALESP. ¡Avisadme pronto! *(Vase.)*

ESCENA III.

TERESA, *despues* CILIA.

TERESA. Este D. Garcerán es demasiado bueno; todo lo ve de color de rosa.

CILIA. *(Saliendo con una carta en la mano.)*—Al fin te encuentro. Te he buscado inútilmente por toda la casa.

TERESA. Distraida en la plaza, recreándome en vuestro magnífico triunfo...

CILIA. *(Ap.)* ¡Mi triunfo!

TERESA. Me habia olvidado de regar á la hora de costumbre.

CILIA. Teresa, hoy más que nunca necesito de tu discrecion, de tu cariño.

TERESA. ¡Ay, Dios mio! ¿Qué os sucede?—Razon tenia yo en temer...

CILIA. *(Alarmada.)* ¿Temer? ¡Tú temer!

TERESA. Si señora, alguna desgracia. Aquí mismo, no hace un instante...

CILIA. *(Reponiéndose é interrumpiéndola.)* Tranquilízate, nada temas. ¿Qué desgracia me podria ocurrir en estos momentos de alegría... de ventura?

TERESA. *(Desconcertada.)* Pues entonces...

CILIA. *(Prosiguiendo.)* Y sin embargo, necesito que me des hoy una gran prueba de fidelidad.

TERESA. ¿Podeis dudarlo?

CILIA. ¿Dudar de tí?—No, mi querida Teresa; de tí no puedo dudar.

TERESA. *(Besándole las manos con efusion.)* ¡Ah, señora!...

CILIA. Mientras Vidal estuvo ausente, ya lo has visto, ni una hora, ni un minuto he dejado de pensar en él. Temerosa del daño que pudiera causar á su fama el ser vencido en los juegos florales, hice voto, si volvia triunfador, de partir sigilosamente á Gerona el dia mismo de su llegada... para consagrarme en el claustro al recogimiento y la oracion durante una semana entera.

TERESA. ¿Y quereis que os acompañe? Con vos iré yo gustosa al fin del mundo.

CILIA. No; quiero que te quedes aquí para cuidar de Colomba, y que ni ella, ni Vidal, ni nadie lo sepa hasta despues de mi marcha. Así evitaré que se opongan.

TERESA. Pero ¿no considerais?...

CILIA. Nada considero. Lo he prometido y lo haré.—¿Me negarás este favor? ¿Me obligarás tambien á dudar de tí?

TERESA. ¿Qué os ha de negar esta pobre vieja, que cuidó amorosamente de vuestra niñez, y que se ha mirado siempre en vos como en un espejo!

CILIA. *(Enjugándose una lágrima, y estrechando la mano de Teresa.)* ¡Pobre Teresa!

TERESA. ¿Llorais?

CILIA. Tu lealtad me ha conmovido. ¡Es tan triste separarse de los que uno ama... aunque sea por poco tiempo!—Toma esta carta; cuando yo haya partido, la entregarás á Vidal. Enterado del objeto que me propongo, no podrá ménos de aprobar mi resolucion. Él se la participará á Colomba. Entre tanto, que nadie sospeche, que nadie sepa... Te lo ruego por lo más sagrado.

TERESA. Descuidad.

CILIA. Corre á mi aposento inmediatamente, y ve haciendo con la cautela necesaria los preparativos del viaje. Yo iré al momento. *(Vase Teresa.)*

ESCENA IV.

CILIA.

CILIA. ¡Dios mio, perdonad que haya burlado su cariñosa solicitud, apelando al único recurso capaz de hacer verosímil á sus ojos mi ausencia, en este dia de aparente felicidad... de irremediable infortunio! *(Pausa.)* —¡Vidal!... ¡Colomba!... ¿Estaré soñando todavía? ¿Se habrán engañado mis oidos? ¿Cabe semejante maldad en el corazon de una hermana, de un esposo!...—No, no sueño, no me engaño! Las palabras de Vidal resuenan en el fondo de mi alma; las estoy escuchando aún, con la terrible angustia del que oye su sentencia de muerte.—«Antes viví para la gloria; de hoy más solo vivo para tu amor.»—Que viva, que viva para ese amor.—Juré á mi madre moribunda labrar la felicidad de Colomba, áun á costa de la mia; juré á Vidal dejar de existir cuando pudiera servir de obstáculo á su ventura, y cumpli-

ré mis juramentos.—Muerto el cariño, perdida ya la confianza del que ha sido y es aún toda mi existencia, ¿para qué quiero la vida? *(Se deja caer en un banco. Despues de un momento de pausa se levanta sobresaltada.)* Siento pasos. *(Mirando hácia dentro.)* ¡Vidal! *(Se oculta precipitadamente en el cenador.)*

ESCENA V.

VIDAL, *apareciendo por entre los árboles del jardin; luego* CILIA.

VIDAL. Á medida que se va acercando el momento de la cita, crece y se aumenta esta lucha interior que no puedo soportar. ¿Qué será la realizacion del crímen, si antes de consumarlo nos atormenta suplicio tan horroroso! — ¡Pobre Cilia! — No, yo no debo dejarla así. Inícuo proceder sería abandonar de tal suerte á una mujer que me ha consagrado tan generosamente su amor. — Me avergüenzo de haber concebido semejante idea. Ocultémosla en el fondo del alma con la pasion que me devora. — ¿Vendrá Colomba á la cita?

CILIA. *(Saliendo del cenador, muy agitada.)* Ha nombrado á Colomba. ¡Siempre pensando en ella!... *(Esforzándose por parecer tranquila, y acercándose pausadamente á Vidal.)* Vidal?...

VIDAL. *(Con sorpresa.)* ¡Cilia! *(Procurando dominarse.)* ¡Tú aquí!

CILIA. ¡Qué abatido estás!

VIDAL. No... no lo creas.

CILIA. ¿Sabes lo que he reflexionado?

VIDAL. ¿Cómo he de adivinar...

CILIA. Que Colomba no debe casarse con Valespir.

VIDAL. *(Con un movimiento de alegría.)* ¿De veras? *(Dominándose, y afectando serenidad.)* ¿Por qué causa?

CILIA. ¿Concibes el tormento que seria no poder amar al hombre con quien se enlazase para siempre?

VIDAL. Tienes razon; Colomba no debe casarse con Valespir. Sin poderlo remediar, se harían mútuamente infelices.

CILIA. ¿Verdad que sí?—¡Mucho ha de padecer el que no es amado, cuando llegue á convencerse de que ocasiona la desgracia del sér por cuya ventura se desvela!

VIDAL. *(Ap.)* ¿Sospechará?..

CILIA. ¡Oh, sí! ¡Ese ha de ser un tormento horrible, horrible para los dos!—Para el uno, porque debe morir; para el otro, porque se halla condenado á vivir.

VIDAL. ¿Á qué pensar en tales cosas, si no has de experimentar nunca ese dolor?

CILIA. *(Con amarga sonrisa.)* Seguramente.—Tú no pretendes engañarme, no me engañarás jamás.

VIDAL. ¿Puedes dudarlo?

CILIA. De ningun modo. *(Ap.)* ¡Aleve!...

VIDAL. Á pesar de tu negativa, me parece que dudas.

CILIA. No, te aseguro que no. Ya no dudo.

VIDAL. Lo dices con un tono...

CILIA. *(Con gran efusion, despues de luchar un instante consigo misma.)* Vidal, déjame estrechar tu mano; déjame llevarla al corazon, como aquel dia de inmensa felicidad en que juré ser tuya, y te oí exclamar:—«Cilia, desde hoy será la vida para mí una risueña primavera, donde recogeré perpétuamente las rosas de tu cariño.»

VIDAL. *(Estrechando su mano con temblor convulsivo.)* ¡Oh, Cilia, Cilia!

CILIA. Óyeme... Si un dia (cuando los años marchiten mi rostro y cubran de nieve mis cabellos), próxima á bajar á la tumba, te dijese:—«Para que un recuerdo agradable dulcifique mi última hora, dime con franqueza, con lealtad, con sinceridad, con la voz con que se habla á los moribundos, que me has amado

verdaderamente alguna vez, aunque no haya sido más que un instante,» ¿lo harías?

VIDAL. Lo haría.

CILIA. ¿Sí! Pues júralo.

VIDAL. ¿Para qué?

CILIA. Te lo suplico.

VIDAL. Lo juro.

CILIA. ¡Oh, gracias, gracias!—Ahora te dejo... por breves momentos. Pero antes quisiera oir aquel *adios* que tantas veces me has dicho al separarte de mí, con el acento de ternura que para un corazon apasionado es fiel trasunto de lo que pasa en el alma.

VIDAL. ¿Estás en tí?—¿Para qué decirte adios?

CILIA. Ya sabes que soy algo supersticiosa.—¿Por qué no satisfacer un deseo tan sencillo... tan pueril si quieres?...

VIDAL. Sea, pues, ya que te empeñas en ello.—Adios, Cilia.

CILIA. *(Haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma.)* ¡Vidal... adios! *(Vase.)*

ESCENA VI.

VIDAL, *despues* COLOMBA.

VIDAL. ¡Desventurada! ¡Cuánto y cuán profundo es su amor!—¿Podrá llegar mi crueldad al extremo de desgarrar sin compasion el alma de esta infeliz mujer? El que hiere impunemente con viles acciones el corazon que le ama, ¿no es asesino más cobarde que el que atraviesa con un puñal el pecho de quien le ofende? ¿Qué seria de nosotros, si entre la idea y la ejecucion del crímen no se hiciese oir aterradora la voz del remordimiento! *(Viendo aparecer á Colomba.)* ¡Ella aquí!—Dios mio, dadme fuerzas para luchar.

COLOMBA Aún no ha sonado el toque de oraciones, ¿y ya os encuentro en este sitio?

VIDAL. Colomba...

COLOMBA Sí, Colomba que no ha querido dejar de acudir á la cita, á pesar de su negativa anterior, para cumplir en estos supremos instantes con un deber imprescindible.

VIDAL. Estoy pendiente de vuestras palabras.

COLOMBA Vidal, cuando se vive como yo he vivido, luchando á solas entre la esperanza y el temor, sin que la desdicha que se ceba en atormentarnos logre envilecernos con pensamientos deshonrosos, es necesario descubrir al causante de esta lucha, por amargo que le pueda ser, cuanto se oculta en el fondo del corazon.

VIDAL. ¿Qué quereis decir?

COLOMBA Las circunstáncias nos han traido á punto en que toda disimulacion hipócrita fuera inútil. Amaestrada por el infortunio, he vivido mucho en poco tiempo. Cegada por la pasion, no he tenido fuerzas para desoir vuestras amorosas palabras, que durante cuatro años fueron el blanco de mis ilusiones... Hasta he llegado á escuchar sin indignacion la ofensiva propuesta que me habeis hecho!

VIDAL. No aumenteis mi desesperacion, imaginando que haya querido ofenderos el hombre que daria su vida por ahorraros el menor disgusto. Si supiérais...

COLOMBA Sé á donde nos lleva la pasion cuando la dejamos correr sin freno. Porque lo sé he venido á este lugar para exigiros que tengais valor; que mireis por vuestra honra y por la mía.

VIDAL. Luego pensais...

COLOMBA Pienso que es necesario borrar del alma lo pasado, aunque para conseguirlo sea menester ensangrentarla con las más crueles heridas.

VIDAL. ¡Ah Colomba!

COLOMBA Dios no ha querido que fuésemos el uno para el otro.—Al volver á encontraros en el camino de la vida, estábais ya ligado en vínculo indisoluble con una

mujer que es mi hermana, mi segunda madre... ¡Me horrorizo al pensar en qué abismo de ingratitud, de infelicidad, de vergüenza me habria hundido para siempre cediendo á los bastardos impulsos del corazon, oyendo únicamente la voz de este amor... que no se ha extinguido todavía!

VIDAL. La confesion que acabais de hacer...

COLOMBA Es un castigo que impone al momentáneo desvarío de la pasion, la mujer que está dispuesta á romper su yugo y á cumplir con lo que se debe á sí propia! —Si no ardiese aún en mi pecho la llama del único amor que ha llenado mi existencia, ¿qué mérito habria en sofocarla? ¿Dónde estaria el sacrificio? ¿Cómo, sin él, atenuar mi falta á mis propios ojos? ¡Ah Vidal! ¿Por qué os he conocido? ¿Por qué os he amado?

VIDAL. ¿Hay más tormentos que padecer?

COLOMBA Los hay mayores y más terribles: el de ver sucumbir, por vuestra funesta ceguedad, á una esposa tan amante como Cilia; el de merecer mi desprecio, si os atreveis á persistir en tan criminal propósito.

—

MÚSICA.

VIDAL. ¡Y eso escucho de sus lábios!
¡Por favor, no más... no más!...
Que tal cúmulo de males
Ya me rinde á mi pesar.
Este llanto que me ahoga,
¿No despierta en vos piedad?
¡Cuándo lágrimas se vieron
En los ojos de Vidal!

COLOMBA Esas lágrimas aún pueden
Vuestra dicha rescatar.

VIDAL. Para mí no hay en el mundo
Más que noche y soledad.

COLOMBA Renaced á la esperanza!
VIDAL. Imposible.
COLOMBA Ciego estais!
¿No advertís quién lo asegura?...
Pues ¿por qué desesperar!

—

VIDAL. ¡Ah Colomba! Clavado en el alma
Llevo el dardo que agudo me hiere,
No mireis con desprecio al que muere
Zozobrando entre amor y deber.
Como vos, anhelante batallo
Por vencer la pasion que me agita;
Pero ¡ay triste! rebelde aquí grita,
Y aún me abruma su infausto poder.
COLOMBA Batallad con esfuerzo constante
Por vencer tan aciaga locura:
Fácilmente la herida se cura
Que abre amor, cuando triunfa el deber.
El que pudo olvidar sus amores
Y enlazarse con otra, no sea,
Para el bien que su amada desea,
Ménos fuerte que débil mujer.

—

VIDAL. ¡Alma heróica!
COLOMBA No. El cielo,
Á compasion movido,
Cuando á caer volaba
Me aleja del abismo.
Clemente oyó mis votos
Y me prestó su auxilio;
No deis á esta victoria
El nombre de heroismo.
VIDAL. Los mágicos acentos
Que llegan á mi oido,
El alma fortalecen
Cual bálsamo divino.
COLOMBA ¡Luchad, venced!

VIDAL. Me siento
Capaz del sacrificio.
COLOMBA Que Cilia ignore siempre
Las ánsias que sufrimos;
Su angélica ternura
Premiad agradecido.
VIDAL. Lo haré, si el alto cielo
Me mira al fin propicio.
COLOMBA Gracias, Vidal.
VIDAL. ¡Colomba!
COLOMBA ¡Gracias á vos, Dios mio!

—

LOS DOS. Huyan las nubes
De la afliccion,
Hijas del álito
De impuro amor.
Al bien renace
Mi corazon;
Su luz benéfica
Templa el dolor.

ESCENA VII.

DICHOS, TERESA.

HABLADO.

TERESA. *(Saliendo apresuradamente y recorriendo con la vista el jardin.)* ¿No está aquí la señora?
VIDAL. ¿Para qué la buscas?
COLOMBA ¿Por qué vienes sobresaltada?
TERESA. Ni yo misma lo sé; pero al ver lo que está pasando, recelo...
COLOMBA / VIDAL. ¿De qué?
TERESA. La señora me dió un encargo, diciéndome que in-

mediatamente iria á reunirse conmigo. Su tardanza me ha inquietado; y como no la encuentro por ninguna parte...

COLOMBA ¿Qué encargo te dió?

TERESA. Me ha prohibido decirlo.

VIDAL. Pues yo te mando que lo digas.

TERESA. Esta carta podrá ser que explique...

VIDAL. ¿Para quién?

TERESA. Para vos.

COLOMBA ¿Una carta?

VIDAL. *(Tomándola.)* No sé por qué me estremezco al abrirla. *(Leyendo.)* «Vidal, quiera Dios perdonarme el crímen de no poder vivir sin tu amor.»

COLOMBA ¡Ay!

VIDAL «Mis bienes son tuyos y de Colomba. El obstáculo »que se oponía á vuestra felicidad va á desaparecer »para siempre. Sed dichosos, y acordaos alguna »vez de la que tanto os ha amado.»—¡Cilia! ¡Cilia! ¡Miserable de mí!

COLOMBA ¡Yo soy la causa de su muerte!

VIDAL. No, el ingrato, el asesino soy yo, que no he sabido apreciar toda la grandeza de su alma.

COLOMBA ¡Madre del Salvador! ¿A dónde huiré de mí misma?

TERESA. No os desespereis de ese modo.

VIDAL. ¡Si aún fuera tiempo de salvarla! —¡Dios mio, iluminadme, guiadme!

COLOMBA Corramos.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CILIA *y* VALESPIR.

(Al dirigirse á la puerta del jardin Vidal, Colomba y Teresa, aparecen en la alameda Cilia y Valespir.)

VIDAL. *(Corriendo hácia ellos.)*—¡Cilia!

COLOMBA ¡Hermana mia!

TERESA. ¡Señora!

VALESP. *(Entrando con Cilia.)* ¡Yo la he salvado!

VIDAL. *(Abrazando á Valespir.)* Os debo más que la vida.

VALESP. Mi gozo es tan grande como el vuestro.—Hace un rato contemplaba las tapias de este jardin desde la alameda del Besalú, cuando veo á lo lejos á vuestra esposa encaminarse hácia la márgen del rio. Al dirigirme á Cilia observo que en su distraccion se acercaba tanto á la orilla, que casi estaba para precipitarse en las aguas. Aterrado dí un grito llamándola. Detúvose al oirlo, como petrificada; corro á su lado, y cuando llego la encuentro de rodillas, sin poder articular palabra, con los ojos fijos en el cielo!

COLOMBA Señor D. Garcerán, la mujer que no há mucho os concedió su mano, satisface ahora una necesidad de su corazon ofreciendo la mayor solicitud al salvador de su hermana.

VALESP. ¿Luego es decir que nuestra union?...

COLOMBA Se efectuará mañana mismo.

CILIA. *(Á Colomba, aparte.)* Ese sacrificio...

COLOMBA *(Ap. á Cilia.)* Dios y Vidal saben que ya no lo es.

VIDAL. *(Coje de la mano á Cilia, y adelantándose al proscenio con ella, dice:)* Cilia, el arrepentimiento borra la culpa. —¡Te amo, te amaré toda la vida!

FIN.

NOTAS.

No estando bien averiguado aún en qué época floreció Ramon Vidal, pues unos eruditos le hacen vivir en el siglo XIII y otros en el XIV, he optado por el parecer de los segundos al utilizar el nombre de aquel famoso trovador en una fábula completamente ideal.—M. C.

El esmero con que han desempeñado la presente obra todos los artistas que han intervenido en su representacion, nos obliga á darles en estas líneas público y sincero testimonio de aprecio y de gratitud.

JOSÉ CASARES. MANUEL CAÑETE.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.